



### La encíclica de Pío IX y las garantías del Gobierno Subalpino

JAMÁS nos ha parecido tan grande el Pontificado, como en la dolorosa crisis que hoy atraviesa.

Pío IX, desde el fondo del abismo donde lo ha arrojado, sin piedad, la furia de la revolución, levanta su voz, que solo obedece á los dictados de la conciencia, para protestar contra la ley de las *garantías*.

Abandonado de los Soberanos de la tierra, y sin más armas que su debilidad absoluta, no teme arrojar al rostro del Gobierno Subalpino toda la malicia, toda la perfidia, toda la hipocresía de la célebre ley de las *garantías*.

El Parlamento de Italia ha trabajado con sus propias manos el sudario de ignominia, con que será envuelta y entregada á la execración de la Historia la famosa unidad italiana.

El telégrafo nos ha traído la noticia de que la traslación solemne de la capital debía realizarse el 1º del presente.

Roma será el sepulcro de la revolución Italiana.

Es preciso que entren para que sean arrojados; es necesario que profanen la ciudad Santa y que la profanación sea cantada, celebrada y aplaudida, para que los acompañe una vergüenza y una confusión eternas,

cuando sean arrojados de allí, como se arroja á los más insignes malhechores.

Si el Papa permanece en Roma, los rayos del Vaticano acabarán de reducir á polvo ese esqueleto del Reino de Italia.

Si el ilustre cautivo toma el camino del destierro, llevará en triunfo su corona de Rey y dejará en Roma un inmenso vacío que nunca podrá llenar la corte de Saboya.

De todos modos, tocamos ya el desenlace de la gran tragedia que la Revolución ha presentado en Europa. En ella, todos los actores han sido culpables, menos el Papa; todos han sido verdugos, más ó menos encubiertos; solo el Papa ha sido la víctima. Algunas veces ha sido coronada de flores por la hipocresía revolucionaria, para inmolarla con astucia y con aplauso; otras veces ha sido coronada de espinas para contestar la brutal crueldad de la demagogia que quería inmolarla, después de su dolorosa pasión.

Al fin, la Providencia divina pondrá sobre la augusta cabeza de la ilustre víctima la corona del triunfo.

Así lo esperamos y así se cumplirá.

No en vano ha visto el inmortal Pontífice los años de Pedro; no en vano el ángel del Señor, que libertó á Pedro de la potestad de Herodes, ha sustraído su preciosa vida al furor de la Revolución.

El insensato é infernal proyecto de asesinar al Pontífice prueba que la demencia preside ya los consejos de la Revolución, y que sintiendo la inminencia de su vergonzosa derrota, ha querido saciar su rabia impotente y desesperada, derramando la sangre de su augusta víctima.

Pero escrito está: *non est consilium contra Dominum; no hay consejo contra el Señor.*



## La infalibilidad del Papa y El Nacional

SIN duda para mostrar cada día más su ardiente celo en favor del Catolicismo, los Redactores de *El Nacional* han insertado, en sus números del 13 y 30 del último mes un artículo titulado: "Infalibilidad papal. Su relación con la Sagrada Escritura, la Historia y la Sociedad", por el Reverendo Dr. Mellor.

Y para que nadie atribuyese á descuido ó inadvertencia dicha publicación han cuidado; 1º de publicarla en la sección: *Inserciones*, lo cual hace presumir, por lo menos, que simpatizan con ella; 2º de continuar haciéndola, á pesar de haber sido amonestados y reprendidos por un colaborador de nuestro diario, como favorecedores y protectores de la herejía; y 3º de haber observado, especialmente, á todos sus lectores que aquel artículo era escogido entre muchos y traducido del alemán para enriquecer las columnas de su periódico.

Con tal conducta, verdaderamente que llevan camino los redactores de *El Nacional* de hacernos creer que son los católicos más fervorosos que tiene la ciudad de Lima.

Aquí salta á la vista la hipocresía de los Redactores de *El Nacional*.

Aparentan celo por la Religión, interviniendo osa-

damente en asuntos eclesiásticos que no entienden, mientras que minan los fundamentos de esa misma Religión divina, atacando ó consintiendo que sea atacada en su diario la fe católica, que profesaron en su bautismo.

Razón tienen para defender calurosamente el desatino de la libertad de pensar y de expresar lo que se piensa. Sin esa libertad ¿cómo habrían de escribir ellos sobre la Religión?

Razón tienen para estremecerse, hasta con el recuerdo del tribunal de la fe. Si ese tribunal existiera, ya hubiera sido quemado en la plaza pública el papel que imprimen.

Razón tuvo, por último, un colaborador de *La Sociedad* para llamar la atención de los católicos sobre un diario, que no pierde oportunidad de hacer daño á la Religión y de herir á la Iglesia.

Entre tanto, vamos á contestar dos palabras al *Rev. Dr. Mellor* y á los Redactores de *El Nacional* que han insertado su artículo.

Y para que la respuesta tenga más autoridad, que hable por nosotros el *Dr. Doellinger*, á quien, ciertamente, no tacharán de fanático, ni el *Rev. Mellor* ni los Redactores de *El Nacional*.

Este discurso, bastante breve, pero importantísimo, lo tomamos de la *Historia de la Iglesia*, escrita y publicada por *Doellinger* antes de que, *por creerse sabio se tornara en loco*, según la expresión de San Pablo. *Doellinger* habla así, en el tomo 1º de la citada obra, sesión 1ª pag. 275.

Escuchen bien al moderno hereje el *Rev. Dr. Mellor* y los Redactores de *El Nacional*.

“Todos los Santos Padres, combatiendo á los herejes, apelaron á la tradición, ó lo que es lo mismo, mostraron la necesidad de creer á la Iglesia y á ella so-

la, no á sí mismo, ni ha otro individuo. (por ejemplo al *Rev. Dr. Mellor* ó á los Redactores de *El Nacional*.)

*Quien no cree á la Iglesia cree á un hombre*, ya sea á un tercero, por cuya supuesta autoridad se deja guiar y seducir, aceptando como verdad una opinión ó un conjunto de opiniones; (en este caso están los que prefieren ahora la opinión del *Dr. Doellinger* á la enseñanza de la Iglesia) ya á sí mismo, como lo sería, adhiriéndose al sentido que diera á la Sagrada Escritura, y que sacase de la misma; esto es, á la escritura explicada é interpretada por él; y por lo mismo á su explicación é interpretación. (Por ejemplo el mismo *Dr. Doellinger*, que interpreta las escrituras á su manera y prefiere su interpretación á la que ha dado la Iglesia.)

Por lo que decir, rigurosamente hablando, fuera de la Iglesia no hay fe, esto es un sometimiento al superior legítimo; confirmase en que SOLAMENTE LA IGLESIA POSEE LA VERDADERA FE; esto es, no solo que lo que en ella se cree es la verdad sola, sino que la fe misma solo en ella es genuina y verdadera. Fuera de la Iglesia solo se encuentra: 1º Un continuo buscar, elegir y dudar; un caprichoso admitir y rechazar; (así están ahora el *Dr. Doellinger* y el *Rev. Dr. Mellor*, y los Redactores de *El Nacional*;) 2º Una orgullosa suficiencia y confianza en la opinión seguida por gusto propio, un afirmarse en una doctrina accidentalmente encontrada ó inventada: lo cual tiene su fundamento ó en el orgullo ó en la inercia del espíritu, ó en la indiferencia; (aquí no queda bien parada la libertad de pensar, señores escritores de *El Nacional*;) ó bien; 3º Un ciego ó irracional abandono á las afirmaciones de otro hombre, (como los Redactores de *El Nacional* que, por no creer en la infalibilidad del Papa, publican los disparates del *Rev. Dr. Mellor*.) Nada de esto es fe sino locura.”

De este modo, queda refutado el protestante Mellor por el hereje Doellinger.

Así está bien.

Para contestar á un protestante, sobra con un católico excomulgado.

Sobra también para confundir á los Redactores de *El Nacional*, que, si no son herejes, (cosa que no afirmamos) son, sin duda alguna, *sapientes haeresim*.

Una pregunta, antes de concluir.

Colocados los Redactores de *El Nacional* entre el Rev. Dr. Mellor y el Dr. Doellinger, que se contradicen mutuamente, ¿por quién se decidirían?

Curioso sería saberlo.



### La moralidad pública del reino revolucionario de Italia

NADIE negará que la unión italiana es la obra predilecta del liberalismo moderno.

Esta doctrina seductora, que promete eternamente á los pueblos el tesoro precioso de la libertad, les promete así mismo la ilustración y la moralidad, sin cuyos bienes jamás podrá haber ventura pública y bienandanza social.

Según esto, Italia, la Italia regenerada, la Italia una debía ser la tierra clásica de la libertad; y la ilustración y moralidad de sus pueblos no debían tener rival en ninguna comarca de la tierra.

Bajo este aspecto, la historia contemporánea ha arruinado irremediabilmente el prestigio del liberalismo en el mundo.

Veinte años atrás, podía fascinar la candorosa fantasía de los pueblos, diciéndoles: "yo soy la libertad, el orden, la abundancia y la felicidad; los gobiernos me persiguen y los pueblos desconfían de mí; por eso la libertad vive cautiva, el orden sólo se mantiene con la fuerza, la bancarrota pública y la miseria privada amenazan con sus horrores á todos los Estados y la felicidad huye de los pueblos, que se han hecho indignos de gozarla."

Veinte años atrás, podía decirlo.

Hoy, habiendo convertido á Italia, pueblo que escogió para demostrar al mundo que, sin él eran imposibles la libertad, el progreso y todos los bienes sociales; habiendo convertido á la hermosa Italia en ludibrio de las gentes y oprobio del universo, debe condenarse á perpetuo silencio, cubriéndose de confusión y de vergüenza.

¿Qué se ha hecho la libertad en Italia?

Los católicos se quejan de no tenerla.

Los sectarios y los liberales de toda especie intentan ahogar la voz de los católicos, pero, á su vez, ponen el grito en el cielo contra el despotismo del gobierno.

Del fondo de esa desventurada nación, se levanta una voz, poderosa como la tempestad, que estalla en las esferas administrativas, pidiendo la libertad.

Los liberales contestan que han sido falseadas y peor aplicadas sus doctrinas. Vana excusa. ¿De quién es la culpa? ¿No han tenido en sus manos el poder?

La decadencia de la ilustración pública del reino de Italia es verdaderamente lastimosa. En otra ocasión, pusimos de manifiesto, con documentos oficiales, que la instrucción dada por el reino de Italia es incomparablemente inferior, por sus resultados, á la que daba en sus dominios el gobierno pontificio.

Sin embargo, los liberales han dicho y continúan diciendo que, por las brechas que la Revolución ha abierto en las murallas de Roma, ha penetrado la ilustración en la eterna ciudad.

Pero, á lo menos la Italia liberal y libertada ¿nos presentará el hermoso espectáculo de una moralidad pública, que pueda servir de ejemplo á otros pueblos civilizados?

Que respondan los números.

Tenemos á la vista la estadística criminal presenta-

da á la Cámara por el ministro Lanza. Su Señoría confiesa que los delitos se han aumentado enormemente.

He aquí el cuadro progresivamente espantoso, de la criminalidad de Italia en el espacio de 8 años.

	1863-64	1865-66	1867-68	1869-70
Florenca.	374	582	545	857
Turín.....	836	1022	967	1138
Nápoles...	2748	3116	4304	4368
Palermo..	1299	1170	1221	2025
Perugia...	674	1031	1079	1417
Salerno....	1022	1415	1744	2441
Caserta...	1370	2091	2259	2688

Quiere decir que, por obra y gracia del liberalismo, han bastado 8 años para que se duplique la estadística criminal del reino.

Sin razón se irritan, pues, los liberales, cuando, con pruebas infragables, se les demuestra que han conquistado las ciudades de Italia para que disfruten la libertad del robo y del asesinato.

Presentemos otro cuadro, tomado de la misma estadística del Señor Lanza, en el cual se clasifican los delitos y son enumerados por bienes sucesivos:

DELITOS DE SANGRE

Bienio.....	1863—64	29.637
" .....	1865—66	43.610
" .....	1867—68	90.259
" .....	1869—70	55.815
<hr/>		
Total de los delitos de sangre		176.608

DELITOS CONTRA LA PROPIEDAD

Bienio.....	1863—64	43.596
„ .....	1865—66	60.785
„ .....	1867—68	90.250
„ .....	1869—70	81.526

Total de los delitos contra la propiedad 276.156

Horrorizan estas cifras.

¿Ni cómo podía ser de otra manera, si el asesinato ha tomado crédito en el reino de Italia, desde que fue empleado como medio de conquista, y el robo ha sido sancionado por el Parlamento de Italia, en las famosas leyes contra la propiedad de la Iglesia?

Hagamos algunas observaciones, siguiendo al honorable señor Lanza.

El señor ministro observa, en primer lugar, que en Ancona aumentan sucesivamente los delitos de sangre. Nosotros preguntaríamos al Sr. Lanza; ¿no arroja- teis de ahí al gobierno Pontificio, lanzando á todos los vientos la calumnia de que era un gobierno corruptor? ¿No arrancasteis el poder de manos de los sacerdotes, en nombre de la moralidad pública? ¿Por qué, entonces, á medida que se pierden las tradiciones pontificias, se aumentan los reatos de sangre?

¡Ah liberales! lo menos que se puede decir de vosotros es que no teneis dignidad ni vergüenza.

La misma observación hace el señor ministro respecto de las ciudades de Ascoli, Perugia y Macerata.

El señor médico Lanza, observa, en segundo lugar, que solo figuran en la estadística los crímenes *más graves* contra las personas y contra la propiedad. ¿Qué sería, si figurasen todos en la estadística oficial?

Observa, en tercer lugar, que la multitud de estos delitos se debe atribuir “á la incuria y debilidad de las

pasadas administraciones”. Pero, en la página siguiente, el desmemoriado ministro dice: “y lo más triste es que, en el mayor número de casos, los ejecutores de estos delitos son *imberbes jovencitos*.”

Una pregunta, señor ministro Lanza: habiendo pasado diez años, desde que libertasteis del yugo clerical una hermosa porción de Italia, ¿quién ha educado á esos jovencitos imberbes; la pasada administración, ó vuestra señoría y todos los ministros liberales de 1860 acá?

Otra pregunta, señor ministro Lanza: si la culpa de tantos delitos contra la vida y contra la propiedad se encuentra en las *pasadas administraciones*, ¿por qué se observa ese mismo aumento en el Piamonte, que siempre estuvo bajo el gobierno de S. M.?

A las observaciones del señor ministro Lanza agregaremos nosotros una para concluir.

Generalmente se quejan los liberales de la dureza con que tratan los católicos al reino revolucionario de Italia. Pues bien, se nos ocurre preguntar ahora ¿por qué lo hemos de tratar mejor que el señor médico y ministro Lanza?

Su señoría ha dicho á la faz de la nación entera, en su célebre estadística presentada á la Cámara, que Italia, sobre todo, debe procurar un gobierno civil; esto es, la seguridad de las personas y de la propiedad (1).

No lo creyéramos, sino lo estuviéramos leyendo.

¿Puede decir nada más duro contra Italia el más *furioso católico*?

Respondan los liberales, que son bien entendidos en puntos de caridad y de injurias.

(1) Todos estos datos son sacados de los números 69 y 70 de l'Unitá Cattolica del presente año.

---

## La cuestión romana y la diplomacia europea

**A**PENAS firmada la paz entre la Francia y la Alemania, comenzó á acreditarse, en los diferentes círculos políticos de Europa, la idea de resolver la cuestión romana en una conferencia europea.

*La Gaceta de Italia*, diario afectísimo á la unidad italiana, se hizo cómplice y propagador de esta nueva intriga de la Revolución.

Si la diplomacia europea continúa inspirándose en el principio de la conciliación ó *modus vivendi* entre la Santa Sede y el Gobierno de Italia, toda solución de la cuestión romana es odiosa, porque viola el derecho y la justicia, é ineficaz, por la resistencia absoluta é incondicional que habrá de encontrar, en la firme é inquebrantable voluntad del Pontífice.

Los inauditos esfuerzos del Gabinete de Florencia, para garantizar al Papa una soberanía ilusoria y ficticia, no han tenido otro resultado que hacer patente al universo entero la hipocresía oficial del Parlamento italiano, y obligar á la Santa Sede á que maldiga, en presencia de Dios y de los hombres, esa obra de iniquidad y de tinieblas.

Y con este precedente, ¿qué esperanza puede quedarle á la diplomacia europea, si persiste en el camino de la Revolución, de resolver la cuestión de Roma?

Inmensas dificultades se presentan, desde el primer momento.

La Santa Sede no consentiría jamás en que se discutiese su derecho, ni en ninguna negociación, que no tuviera por base el reconocimiento de su soberanía sobre los Estados romanos.

Ahora bien, sin hacerse ilusiones, no es posible creer que los políticos de Europa, en el presente estado de las cosas, den á la Revolución, que más ó menos los ha engendrado á todos, ese golpe mortal.

La Revolución no puede ser condenada á muerte por los *augustos* labios que anatematizaron el *Syllabus*.

Supuesta, pues, la pugna radical y absoluta entre los principios que personifica el Pontificado y los que se encarnan en la revolución italiana, todos los acuerdos, todos los proyectos, todas las negociaciones, todos los tratados, que tengan por base una conciliación entre el Pontífice destronado y el Rey usurpador, tienen que escollar inevitablemente en dos obstáculos de carácter invencible y permanente: la incommovible firmeza del Vaticano y la indignación de los católicos.

Roma dirá siempre: *Non possumus*. El mundo católico reperirá esa palabra sagrada, que hoy simboliza el derecho y la justicia; la repetirá al oído de los Reyes, en el seno de los Parlamentos y en los comicios populares, y la repetirá siempre y en todas partes, hasta que, finalmente, suene la hora de la reparación y la justicia.

Por lo dicho, nos parece imposible que se piense seriamente en una conferencia europea para resolver la cuestión romana.

¿Qué ganarían los diplomáticos de Europa con provocar un crecimiento de indignación en el Universo católico y con arrancar un nuevo anatema á los augustos labios del Pontífice?

Y es evidente que la conciliación del Pontificado con la Italia será la base de las negociaciones diplomáticas, mientras la Revolución coronada y triunfante se asiente en los ilustres tronos de S. Fernando y de S. Luis.

